

Una huerfana mestiza: La hija de Juan Pizarro

Por José Antonio del Busto Duthurburu

Juan Pizarro, "conquistador deste reino del pirú" (1) y en la guerra autor de "cosas muy principales y señaladas que si se uvieran despresar sería nunca acabar" (2), era el hermano mimado del Marqués Gobernador. Con don Francisco había entrado al Cusco el sábado 15 de noviembre de 1533, para salir a continuación con partidas de jinetes destinadas a pacificar la tierra; pero regresando a la postre a la ciudad sagrada de los Incas, lo volvemos a encontrar allí en 1535, año en que tiene su comienzo la presente historia.

Juan estaba con su hermano Gonzalo y ambos —aunque les pesase a muchos— eran los dueños de la ciudad. No era sentimiento nuevo en ellos este de la pertenencia, porque desde Panamá, cuando hablaban del Perú, "se persuadían que todo era suyo" (3). Los amigos de Almagro no gustaban de saberlo, pero callaban todavía. Lo cierto es que mancebos aún, hartos ya de tanto oro, la ambición de ambos hermanos se dirigió a las mujeres. No las había españolas en el Cusco, las indias de la tierra eran cobrizas y gruesas, las únicas de tez sonrosada y fino perfil eran las hijas de los Incas. El Marqués don Francisco —no obstante ser viejo y austero— había tomado a dos por sus mancebas; Gonzalo tenía en su poder otra princesa india; más tarde vendría Hernando a tratar, con inútiles esfuerzos, de tener un hijo en otra mujer de casta noble. Juan era el único que carecía de pareja. Mozo, prepotente y con la sensualidad de los vencedores, se fijó en una Ñusta que moraba cerca de Manco Inca.

La verdad es que Manco la tenía "guardada y encerrada a la dicha Ynquil Coya para (hacerla con el tiempo) su muger... por ser como

1. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 145-N2-R2.

2. *Ibidem*.

3. Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*.— Buenos Aires, Talleres Gráficos Continental, 1945.— Década IV, libro VII, capítulo IX, p. 358 del T. V.

hera de su descendencia y linaje... y estando en esta custodia la bió el dicho Juan Pizarro" (4).

Verla y tentarse de ella fue todo uno. Alguna crónica —la de Titu Cusi Yupanqui— recordará como sucedió. Lo cierto fue que Juan, dispuesto a poseer a la "*muchacha doncella*" (5), la secuestró. Manco se puso furibundo, porque pensaba "*hacer en ella su casta y hijos*" (6), pero el raptor escondió tan en secreto a Ynquil Coya que el Inca no la pudo recuperar. Es aquí que la historia se torna lasciva y recalca que el capitán Juan Pizarro la obtuvo "*doncella soltera siendo muy muchacha y la tuvo en su casa encerrada y guardada con mucha beneración y guarda y durmía con ella y la echava en su cama...*" (7).

Pasados los momentos de placer, Juan Pizarro se enamoró de su cautiva. Se descubre esto porque —aunque ya todos sabían su aventura y la ubicación de la raptada— nunca la soltó y, además, por retenerla muy guardada. Sancho Ortiz de Orué nos asegura que "*en aquel tiempo los españoles tenían en mucho a tales yndias y las rregalaban* (es decir, las trataban con regalo) *como a personas que por ser principales lo merecian*" (8). Dicho de este modo parecería ser costumbre nada extraña entre los españoles del Cusco, y, en efecto, era así. Pero la interpretación de los escritos quinientistas nos permite descubrir que sucedía así sólo en los casos en que se amaba a la india; de otra manera, ella regresaba donde los suyos. Por esto decimos que el capitán se encariñó con Ynquil Coya, porque —siguiendo esa costumbre española de su siglo aprendida en los hogares agarenos— no la dejaba salir a la calle para no exponerla a las miradas indiscretas de los demás hombres.

Como era de esperar, Inquil Coya iba camino de ser madre. Tiempo después nació en el Cusco una niña, a la que se bautizó con el nombre de Francisca Pizarro (9). Sucedió esto a finales de 1535, pero al comenzar el siguiente año, cuando el llanto de la chiquilla era un ruido familiar en la casa de Juan Pizarro, Manco Inca se escapó del Cusco y dispuesto a vengarse de los ultrajes sufridos, cercó la ciudad con miles de guerreros quechuas.

4. Archivo General de Indias de Sevilla. Patronato 145-N2-R2.

5. *Ibidem.*

6. *Ibidem.*

7. *Ibidem.*

8. *Ibidem.*

9. *Ibidem* — El nombre de Francisca Pizarro lo llevó más de una mestiza perulera en este tiempo: una fue doña Francisca Pizarro Yupanqui, la hija del Gobernador don Francisco; la otra doña Francisca Pizarro Medina, la hija del tallán intérprete Martinillo de Poechos. Ambas murieron en España, nuestra biografiada nunca salió del Perú. La última sería una Francisca Pizarro hija bastarda de Martín Pizarro, el encomendero de Huamantanga, habida en una criada nombrada Isabel. De esta no respondemos que fuera mestiza, pues ignoramos la raza de su madre. (Busto Duthurburu, José Antonio... *El Conquistador Martín Pizarro, primer Alguacil de Lima*, en Mercurio Peruano, Lima, abril de 1963, núm. 432, p. 115).

La rebelión de Manco Inca fue terrible. En la historia del Nuevo Mundo sólo admite parangón con la Noche Triste mexicana. Casi un millar de españoles perecieron a manos del Inca, a los demás los tenía cercados y sin dejarlos mover. Ese Cusco de 1536 era de guerra. Los indios tomaron la fortaleza de Sacsahuamán, viéndose los españoles en la dura necesidad de recobrarla. La lucha no amainaba; Hernando Pizarro —que ya estaba en el Cusco y tenía el mando de la ciudad— ordenó subir al cerro de la fortaleza. Los españoles ascendieron lentamente por Colcampata, la cuesta de Paullo Inca, otros lo hicieron por el lado de Carmenca. Por fin llegaron junto a las piedras del muro. Los indios embravecidos les dieron muy fuerte grita. Hubo flechas y venablos, también jaras de ballesta y tiros de arcabuz. La situación se hizo muy recia. Los naturales no daban señales de rendición. Alguien recordó entonces las tácticas de la Reconquista y se lanzaron escalas de cuerda. Los garfios mordieron las piedras, la soga se puso tensa, un español empezó a subir: era Juan Pizarro. En el ascenso perdió el morrión que le protegía la cabeza, pero con la rodela a la espalda y la espada en la mano siguió escalando el muro... En eso apareció en lo alto la sombra de un indio, que levantando algo entre sus manos lo dejó caer sobre el castellano. La piedra descalabró a Juan Pizarro, quien mandando sangre a borbotones y sin sentido, cayó contra el duro suelo. Se le condujo a la ciudad, trataron de reanimarlo; dicen que duró tres días. Al cuarto fue enterrado en la iglesia.

Pasada la guerra, los amigos del difunto se acordaron de la huérfana. Esta crecía al lado de su madre, quien también se había bautizado y se llamaba Francisca, como ella. En la casa de Juan Pizarro la niña fue visitada por sus tíos paternos y también por los curacas quechuas. Antón Ruiz Urco Huaranga Ynga confesó que la visitaba y veía cuando acudía donde doña Francisca Inquil Coya, “a hacer la *beneración y obidiencia que le veuia por ser coya*” (10). Don García Apapunti, orejón de Hanan Cusco, y don Francisco Huamán Rimachi, curaca de Larapa, también parecen haber frecuentado la casa.

La niña creció y sacó un gran parecido a su padre. Este ya lo había notado cuando tenía un mes o más la criatura “y *asi lo decía él y publicaua en su vida a muchas personas diciendo ser su hija y rreconociendola por tal y que tenía muchas señales en el rostro y en el cuerpo suyas, en especial un lunar grande...*” (11). Ahora que la niña era mayor las apreciaciones paternas se podían confirmar mejor. Diego de Trujillo, por ejemplo, afirmó cierta vez que se parecía mucho a su padre “*en el labio de la boca y que mucho más se parecía quando hera más muchacha*” (12). El conquistador Rodrigo Bustillo también admiraba el

10. *Ibidem.*

11. *Ibidem.*

12. *Ibidem.*

parecido, coincidiendo con él otros soldados como Hernando Solano, Alonso Dávila, García de Melo, Pedro de Valdés y el ya visto Ortiz de Orué, amigos que fueron de Juan Pizarro. Lorenzo Inglés —el único hijo de Inglaterra que fue conquistador del Perú— también confesaba que la mozuela se parecía mucho a su padre, especialmente, “*en la filiosomía del rostro y otra señal de un lunar que tiene en el pesquezo que es grande*” (13).

Lo cierto es que la muchacha creció aún más y en 1548 Diego Velásquez, mayordomo de Hernando Pizarro —preso a esas alturas en el castillo de la Mota— la separó de su madre. Doña Francisca Inquil Coya había casado con Garcí López González y entendía el mayordomo que la hijastra no debería estar muy cerca del padrastro. Entonces fue que la entregó a Francisco González, el Viejo, y a su mujer Cecilia Vásquez de Bribiesca, para que la tuvieran consigo. Una hija de ambos llamada Inés Ortega acogió a la mestiza con cariño, brindándole educación (14).

Doña Francisca Pizarro Inquil Coya nunca se quiso casar. También podemos pensar que no hubo quien se casara con ella, pues Mancio Sierra contaba que Hernando Pizarro, su tío, mandó a sus mayordomos que la casasen “*e que él daría dies mill pesos a quien se casase con ella*” (15). Por suma de este calibre no faltaría español que se animase, más aún en esos tiempos en que la fealdad de la mujer se borraba con dinero a la hora del desposorio... Pero la mestiza cumplió treintinueve años y seguía siendo doncella. Por eso es que nos inclinamos a creer que nunca se quiso casar. Su mentalidad de huérfana con madre vuelta a enlazar, crearon en ella —mestiza triste y solitaria— una indolencia afectiva que se tradujo en desconfianza al hogar... (16).

Siempre en el Cusco, reconocida por los amigos de su padre, doña Francisca debió morir en medio del aprecio general. Si los españoles sabían que ella venía de los buenos Pizarro de Extremadura, a los indios les constaba que era nieta de Huamanta Ici Cápac Inca y bisnieta de Hatun Inca Toça Cápac (primo hermano de Huaina Cápac), todos descendientes del nunca olvidado Pachacútec Inca Yupanqui (17).

13. *Ibidem.*

14. *Ibidem.*

15. *Ibidem.*

16. Guex, Germaine... *La Neurosis de abandono*.— Buenos Aires, imprenta de la Prensa Médica Argentina, 1964.— Cap. I, pp. 49 a 60.

17. Archivo General de Indias de Sevilla.— Patronato 145-N2 — R2.